dose luego santamente recogido á dar gracias á aquel Señor de infinita majestad, que con tanto amor acaba de visitarle.

Nota.—Es muy conforme, según la práctica común, el lavarse las manos después de quitados los sagrados ornamentos. Véase sobre esto el siguiente decreto: *Plurimi auctores, inter quos Gavantus in Rubr. Miss. part. 2, tit. 12, n. 6 et Merati, suadent Sacerdoti lavare manus in fine Missæ, postquam exuerit vestes sacerdotales. Alii e contra cum Diana p. 10, tr. 12, resp. 19, Hyppolyto a Portu* de Missa priv., Rubr. 6, *hanc lotionem faciendam esse negant; sive quia Sacerdos jam lavit digitos in ablutione post Communionem, ac sic ejus manus illud esse sacrum, quod habebant ex contactu Sacramenti, deposuerunt: sive quia Rubricæ, quibus nihil addendum videtur, prorsus silent de hoc ritu. Hinc quæritur, an, occasione instaurationis Sacræ Liturgiæ Romanæ, expediat inducere hanc praxim in nostram Diœcesim, in qua non est in usu?* S. R. C. respondit: *Arbitrio et prudentiæ Ordinarii, sed non per modum præcepti. Die 12 Augusti 1854 in Lucion. ad 28.* (Este decreto no está en la colección auténtica de Gardellini, pero se halla en el *Analecta Jur. Pont.*, II, pág. 2193, y lo trae el P. Schober, loc. cit.)

CAPÍTULO XI

De la acción de gracias después de la Santa Misa

378. El dar gracias después de tan augusto Misterio, es un deber sagrado, que nos impone el reconocimiento al inmenso beneficio que nos hace Jesucristo, y á las finezas de su divino amor. Deber que por otra parte nos proporciona bienes y gracias sin cuento.

379. Si los hombres nos hacen algún pequeño beneficio, dice S. Juan Crisóstomo, *Hom. 26, in cap. 8 Gen.*, exijen nuestra correspondencia. ¿Cuán grande, pues, ha de ser ésta para con Dios, que se contenta tan solo de que le demos gracias de lo que ha

hecho por nosotros, queriendo que lo hagamos, no por Sí, sino únicamente para nuestra utilidad? *Si homines parvum beneficium præstiterint, expectant a nobis gratitudinem; quanto magis id nobis faciendum in iis quæ a Deo accepimus, qui hoc solum ad nostram utilitatem vult fieri?*

380. Verdaderamente que no hay corazón más desinteresado y de más puras afecciones que el de nuestro amantísimo amigo Jesucristo. Con todo, cuando ve que se corresponde con frialdad é ingratitud á sus inmensos beneficios, se siente herido en sus más delicadas fibras, y no puede menos de quejarse sentidísimamente de nuestra indigna conducta. «Acabo de curar diez leprosos, dice El mismo en el Evangelio de S. Juan, cap. 17; uno sólo ha venido á darme las gracias. ¿Los otros nueve dónde están?» *Nonne decem mundati sunt? Et novem ubi sunt?*

381. Pródigo de sus dones, inmensamente generoso se muestra Jesucristo con el Sacerdote en el acto de la santa Misa, enriqueciéndole con un don de inmensa valía, con un tesoro que agota todos los tesoros de su omnipotencia y sabiduría. ¿Cómo, pues, no ha de quejarse amargamente, si ve que se le abandona al momento, sin darle siquiera la más insignificante prueba de gratitud?

382. Cuando se piensa que ni á los más grandes personajes del antiguo Testamento fué concedido tocar lo que nosotros tocamos, hacer y comer lo que nosotros hacemos y comemos, y eso puramente por un efecto de la predilección y ternura del Hijo de Dios hácia nosotros llevadas hasta el exceso, ¿cómo podemos dejar de excitarnos al más vivo reconocimiento, y penetrados de los sentimientos de un santo entusiasmo decir con el real Profeta: *Benedic anima mea Dominum, et omnia quæ intra me sunt nomini sancto ejus?*

383. Además Jesucristo acaba de entrar en el corazón del Sacerdote con las manos llenas de riquísimos dones para derramárselos sin medida, si corresponde á su amor y se los pide con humildad. ¿Y tendríamos valor para dejarle solo al momento de recibirle, sin hacer caso de El y despreciando sus

riquezas, sin saludarle con el mayor cariño, sin desahogar nuestro corazón y derretirnos entre mil deliquios en su amorosísima compañía?

384. Lejos, pues, venerables Hermanos, lejos de nosotros tamaña desatención. Recojámonos después de la santa Misa por un cuartito de hora á lo menos, y pensemos seriamente, como dice el Padre Chaignon, S. J., en su *Sacerdote Santificado*, que ha llegado para nosotros el bello momento en que podemos aplicar nuestra boca al costado abierto de Jesucristo y sacar de este manantial todas las gracias y bendiciones. Miremos atentamente como Jesucristo pone entonces á nuestra disposición todas sus infinitas riquezas y con voz cariñosa nos dice: *Quid tibi vis faciam?* ¿Qué quieres de mí, Sacerdote mío?

385. ¡Ah, es tan bella y eficaz la oración salida de la boca de un Sacerdote que acaba de celebrar! La Sangre de Jesucristo circula entonces por sus venas, su corazón palpita á impulsos del Corazón de Jesús, formando una sola cosa con El. Pues bien, que los justos y pecadores, que los moribundos y los que sufren, que los que están en tribulación ó en algún peligro corporal ó espiritual, que los intereses todos de la gloria de Dios y de la Iglesia vengan entonces á la memoria del Sacerdote, á la par que pide él todo cuanto necesita y quiere para sí mismo.

386. Del contrario, si apenas bajados del Altar, y desembarazados á toda prisa de los sagrados ornamentos nos fuésemos á la calle á ocuparnos en bagatelas, en conversaciones frívolas ó negocios de la tierra, entonces si que nos alcanzarían de lleno las terribles palabras de San Juan Crisóstomo: *Audiamus, et Sacerdotes et subditi... Durum fortasse videbitur quod sum dicturus, sed necesse est tamen ut, ob plerorumque negligentiam, dicatur. Quando ultimæ cœnæ communicavit Judas... cæteris omnibus recumbentibus, ipse se proripiens excessit: illum imitantur et isti, qui ante gratiarum actionem discedunt... Quid est aliud quam extremo supplicio sese obnoxium reddere?* (Hom. de Baptism. Christi.)

CAPÍTULO XII.

De la Misa privada de Requiem.

387. Como prescribe la Rúbrica, tít. 13, en las Misas de *Requiem* se omite el salmo *Judica me Deus;* y por lo mismo después que el Celebrante ha dicho *Introibo ad Altare Dei*, dice inmediatamente el verso *Adjutorium nostrum* con el *Confiteor* y demás de costumbre.—No se signa al Intróito, sino que, puesta la mano izquierda sobre el Altar (1), hace una cruz al aire con la derecha, *signum Crucis per aerem versus ipsum librum facit* (S. Ligorio, cap. 11, n. 2), diciendo *Requiem æternam*, sin *Gloria Patri*, ni hacer otra cruz al repetir el Intróito. —Tampoco se dice *Gloria in excelsis*, etc.

388. Se omite asimismo el *Jube, Domine, benedicere* y el *Dominus sit in corde meo*.—No se besa el Misal al fin del Evangelio, ni se dice *Per Evangelica dicta* (2).—No hay *Credo*, ni se bendice el agua que se echa en el Cáliz. Sin embargo, dícese la oración *Deus, qui humanæ substantiæ*.—Al *Lavabo* se omite el *Gloria*.—El Prefacio y *Comunicantes* son siempre del común (3).—No se dice *Miserere nobis* al *Agnus Dei*, sino *Dona eis requiem*, y

---

(1) *Sacerdos in Missa de* Requiem *ponere debet manum sinistram super Altare, dum facit dextera signum Crucis ad Introitum.* S. R. C. 7 Sept. 1816, *Tuden.*, 42.

(2) *Num in Missa* de Requie, *quamvis non osculetur Evangelium, recitari debeant verba:* Per evangelica dicta?—R. *Negative.* S. R. C. 11 Sept. 1847, *Veronen.*, *12.*

(3) *In Missis* de Requie *non inclinatur caput ad nomen Sancti de quo dictum est Officium, si in Canone occurrit, quia Missa Defunctorum nihil habet commune cum Officio diei.* S. R. C. 12 April. 1823 *Panormitana*, *13.*